



Como dijo Saint Exupery en su 'Principito', "lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve bien con el corazón"

La noticia les cayó como un jarro de agua fría por lo cruel e inesperado. **El bebé que esperaban venía con unas lesiones irreparables y, si sobrevivía al embarazo, moriría a las pocas horas de nacer.** La historia ocurrió hace unos meses en Madrid, y los jóvenes padres lo cuentan ahora con una mezcla de serenidad y aplomo. No eran nuevos en esto: ya tenían tres hijos pequeños y el que venía, el cuarto, era un niño querido y deseado.

*-En estos casos, **procede recurrir a una interrupción voluntaria del embarazo** -les explicó el ginecólogo sin alterar lo más mínimo el rictus-. ¿Cuándo les iría bien?*

Los padres se miraron sorprendidos por la frialdad y la rutina del médico, que hablaba como quien te invita a un café o te comenta que amenaza lluvia.

*-Perdone, pero es que **no entra en nuestros planes el aborto** -afirmó ella con decisión y tranquilidad, evitando el eufemismo.*

*-Quizás no me he explicado bien -insistió el médico, pasando a un tono condescendiente y paternalista-. Lo que le quiero decir es que **este embarazo no tiene ninguna posibilidad**; a usted le quedan aún varios meses de gestación, con las incomodidades que eso conlleva y que no tiene sentido que las padezca, además del riesgo que supone para su salud.*

*-Sí, le hemos entendido perfectamente, pero **no vamos a acabar prematuramente con la vida de nuestro hijo**, añadió el padre.*

En la cara del médico se dibujó un gesto de extrañeza, y les aseguró que **era la primera vez en su vida profesional que alguien decidía continuar con su embarazo** ante esas perspectivas. ¿Qué sentido tenía proseguir por unas pocas horas de vida? ¿No debían pensar en “bien” del niño y ahorrarle sufrimientos? Desde su mentalidad utilitarista, la postura de los padres sólo podía reflejar algún tipo de fanatismo religioso extraño, caduco, superado y desconcertante.

La gestación siguió su rumbo, con algún que otro altibajo, hasta que llegó el noveno mes. **Miguel nació sin masa encefálica**, con el dolor reflejado en su rostro de recién nacido y mucha dificultad para respirar. **El sacerdote le bautizó a los pocos minutos**, y los padres le arrullaron durante el tiempo incierto que le restaba de vida. Miguel inspiraba cada vez con menos fuerza, como un pajarito que agoniza, y partió plácidamente cuando apenas había conocido este mundo.

Los padres salieron al poco tiempo del hospital. Me los imagino caminando por las calles de Madrid con una **mezcla de dolor y de esperanza** -es lo que tiene la fe-, cruzándose con los viandantes enfrascados en sus pensamientos y preocupaciones, ajenos a la grandiosidad de las dos personas que transitaban a su lado. Ese día, los informativos abrían con un desplome de las Bolsas o con la enésima victoria del Barça; las sobremesas del corazón destriparían a una nueva oportunista que buscaba su minuto de gloria tras acostarse con tal o cual famoso de medio pelo y le dedicarían horas de cobertura y desconexiones para conocer los detalles de la succulenta historia, como el color de las bragas que llevaba ese día memorable o si habían salido a cenar antes o después de consumir.

Mis amigos seguían caminando serenos, quizás sin percatarse de que **los gigantes de este mundo están ocultos a los ojos de la mayoría**; de que nadie les para por la calle y no de que ocupan los titulares de ningún periódico. Y es que la grandeza es algo que muchas veces -demasiadas- pasa completamente desapercibido. O, como lo dijo **Saint Exupery** en su *Principito*, **“lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve bien con el corazón”**.

Álex Navajas, en actual1.com.